



## La delegación de Sartre en la Revolución cubana (1960): itinerario textual desde el entusiasmo a la desafección

Jesús Gómez-de-Tejada

IEAL, Universidad de Sevilla  

<https://dx.doi.org/10.5209/alhi.108571>

**ES Resumen.** A comienzos de 1960, Sartre y Beauvoir viajaron a Cuba invitados por el periódico *Revolución*. Durante su estancia –acompañados por un séquito de chóferes, periodistas, traductores y otros asistentes– recorrieron la isla, se desarrollaron entre el pueblo y se entrevistaron con los protagonistas del proceso cubano (Fidel Castro, Ernesto Guevara el Che, Carlos Franqui, Enrique Oltuski, etc.), guiados por el propósito de acceder a una comprensión profunda de la realidad del país. El informe escrito por Sartre se publicó en una serie de artículos en francés en un periódico galo, aunque fue traducido al español y publicado con otros textos bajo el título de *Sartre visita a Cuba*. A las palabras de Sartre se suman las de Beauvoir y las de otros autores cubanos que dialogaron con el texto del intelectual francés. A partir de estas publicaciones es posible el estudio contrastivo entre los textos de manera que se ofrezca una visión más completa de la relación entre Cuba y Sartre.

**Palabras clave.** Revolución Cubana; Literatura Cubana; Jean-Paul Sartre; Fidel Castro; Guerra Fría cultural.

### ENG Sartre's Role in the Cuban Revolution (1960): A Textual Journey from Enthusiasm to Disillusionment

**EN Abstract.** In early 1960, Sartre and Beauvoir traveled to Cuba at the invitation of the newspaper *Revolución*. During their stay—accompanied by an entourage of drivers, journalists, translators, and other assistants—they toured the island, mingled with the people, and met with the leaders of the Cuban revolution (Fidel Castro, Ernesto Guevara, Carlos Franqui, Enrique Oltuski, etc.) with the aim of gaining a deep understanding of the reality of the country. Sartre's report was published in a series of articles in French in a French newspaper, although it was translated into Spanish and published with other texts under the title *Sartre visita a Cuba*. Sartre's words are complemented by those of Beauvoir and other Cuban authors who engaged in dialogue with the French intellectual's text. Based on these publications, it is possible to conduct a comparative study of the texts in order to offer a more complete view of the relationship between Cuba and Sartre.

**Keywords.** Cuban Revolution; Cuban Literature; Jean-Paul Sartre; Fidel Castro; Cultural Cold War.

**Sumario.** 0. Introducción. 1. El polémico Sartre: turismo político y compañero de viaje en la Guerra Fría. 2. El informe sartreano como delegado: *Huracán sobre el azúcar* y otros textos. 3. Sartre en tercera persona: figuración desde Cuba.

**Cómo citar:** Gómez-de-Tejada, J. (2025). La delegación de Sartre en la Revolución cubana (1960): itinerario textual desde el entusiasmo a la desafección, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 54, pp. 23-32.

### 0. Introducción

La red de testimonios sobre el viaje ideológico de Sartre a Cuba entre febrero y marzo de 1960 es parte de las estrategias y los dispositivos de hospitalidad del turismo político de izquierdas promovido por la Revolución recién nacida en 1959. Desde este punto de vista, se analiza un conjunto de textos de signo ensayístico, autobiográfico, memorístico o periodístico, escritos por Sartre como consecuencia de su papel de delegado –según el *sistema de delegaciya* (Enzensberger, 1973: 106)–, por representantes de la Nueva Izquierda francesa, y por los intelectuales cubanos que fueron invitados a su vez por el Gobierno de la isla como parte del aparato legitimador de la verdad revolucionaria que los ojos

Europeos debían verificar<sup>1</sup>. Estos testimonios del turismo político sartreano se prolongan desde los artículos inmediatamente surgidos durante el viaje en marzo de 1960, en plena efervescencia de las relaciones entre la intelectualidad izquierdista, y la Revolución, hasta las escrituras del yo de algunos de estos protagonistas-testigos que dieron cuenta, desde el exilio, décadas más tarde, de su desafección a partir de la focalización memorística de episodios clave de la historia de la Revolución desde un prisma tanto institucional como personal: Carlos Franqui, Lisandro Otero o César Leante. Además, el análisis se amplía al poner el foco en la creación ficticia o ensayística de autores que posteriormente han recreado las circunstancias del viaje sartreano a la *isla del azúcar*. En este sentido, se puede hablar de un doble entramado textual: textos testimoniales de carácter cronístico o memorístico, y textos intertextuales de carácter ensayístico o ficticio; textos de Sartre sobre Cuba y textos de los cubanos sobre el intelectual francés.

## 1. El polémico Sartre: turismo político y compañero de viaje en la Guerra Fría

A comienzos de 1960, en París, Jean Paul Sartre es visitado por Carlos Franqui –antiguo guerrillero en Sierra Maestra y, por entonces, director del diario cubano *Revolución*, quien le propone viajar a Cuba junto a Simone de Beauvoir en calidad de huéspedes del Gobierno de la isla. La invitación de Franqui solicitaba el testimonio de dos reputados intelectuales franceses sobre la realidad del proceso revolucionario, el cual se había iniciado en el país caribeño, en enero de 1959, con la victoria rebelde sobre el régimen de Fulgencio Batista (1952-1959). Desde esta consideración, la estancia en Cuba de Sartre y Beauvoir se inscribe en el sistema de delegación caracterizado por Enzensberger, en su ensayo *Tourists of the Revolution* (1972), donde detalló los rasgos de los programas de hospitalidad que los países socialistas empleaban para propulsar y amortizar políticamente los viajes de intelectuales occidentales a su territorio<sup>2</sup>. Para Enzensberger, el delegado es un “viajero oficial” que se desplazaba al país invitado por el Estado, que desde su posición “monopolística” gestionaba “el visado, la moneda local, el alojamiento y el transporte”, y ofrecía a su huésped una serie de privilegios, lujos que no estaban al alcance de la población local, como “habitaciones de hotel, [...], coches y chóferes [...]; entrada a eventos especiales normalmente vedados a otros y a menudo [...] sumas considerables de dinero”; igualmente, la visita del delegado se canalizaba por la mediación de un “guía personal” o acompañante que era “responsable del programa del viajero”, el cual quedaba supeditado a este esquema preconcebido por sus anfitriones (Enzensberger, 1973: 106-107). El viaje de Sartre queda así enmarcado dentro de los viajes intelectuales de izquierda a las geografías de signo revolucionario (URSS, China, Vietnam y Cuba) y puede analizarse dentro del papel de América Latina en la Guerra Fría cultural, si bien precisamente Sartre veía en las revoluciones del Tercer Mundo la posibilidad de una tercera vía al enfrentamiento de los dos bloques hegemónicos, el capitalista estadounidense y el socialista soviético<sup>3</sup>.

Como afirma Dosse,

Fidel Castro percibe de inmediato la ventaja que supone el apoyo de intelectuales de todo el mundo para sacar a Cuba de su aislamiento. Buscará y encontrará muchos puntos de apoyo, encargando a Carlos Franqui [...] la organización de la visita de artistas y escritores de fama capaz de representar una garantía para el público internacional (2023: 484-485).

Desde esta perspectiva, sin olvidar que, durante el periodo de la estancia de Sartre y Beauvoir, el Gobierno cubano aún no había proclamado su carácter comunista y se describía como una revolución sin ideología, la figura de Sartre se dibuja como la de un *compañero de viaje*, esto es, un simpatizante no militante del Partido Comunista, un intelectual no orgánico cuyas ideas y posturas se consideran afines a las directrices institucionales del comunismo, si bien desde perspectivas no dogmáticas a priori<sup>4</sup> (Caute, 1975; Moraes Medinas, 2020). De hecho, la visión crítica de Sartre lo condujo a una relación tormentosa con el Partido y con los países revolucionarios a los que visitó –URSS y China–, de la que no se libró Cuba, puesto que la visión sobre la Revolución cubana del filósofo francés sufrió vaivenes que lo condujeron del entusiasmo de los años sesenta, a la decepción de los setenta. Esta circunstancia vital de su compromiso intelectual, social y filosófico es confirmada por Murphy quien la valora del siguiente modo: “Sus zigzagueos

<sup>1</sup> Como Sartre, aunque en menor cantidad, Beauvoir dejó constancia por escrito de su viaje a Cuba en términos muy positivos. Su visión quedó recogida en la entrevista “Simone de Beauvoir: Où en est la révolution cubaine?”, publicada en *France Observateur*, el 7 abril de 1960 (traducida al español y publicada en *Bohemia* el 15 de abril del mismo año) y en los textos autobiográficos y memorísticos *La fuerza de las cosas* (1963) y *La ceremonia del adiós* (1981). Igualmente, la atención periodística local sobre la francesa durante su estancia en Cuba también se materializó en una serie de artículos y entrevistas, e incluso en un texto sobre Sartre firmado por Beauvoir (véase la “Relación de textos publicados en la prensa cubana a raíz de las visitas de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir”, en Díaz e Iglesias, 2024: 21-25).

<sup>2</sup> El texto fue publicado originalmente como *Revolution-Tourismus* (Frankfurt: Kursbuch, 1972). El propio Enzensberger se desempeñó como delegado en la Revolución cubana, de manera que su descripción de este sistema de turismo político por invitación se basó en su propia experiencia de inicial compromiso y posterior distanciamiento.

<sup>3</sup> Según Pettinà, entre 1945 y 1989, este conflicto supuso un “nuevo sistema internacional antagónico, basado sobre una contraposición radical ideológica [militar, económico, jurisdiccional] entre el socialismo y el capitalismo” (2018: 37), que actuó sobre los países de América Latina incrementando la dificultad de “los procesos de cambio político y social” al agravar la inestabilidad y la polarización de estas sociedades (2018: 37). Según este autor, la Revolución cubana fue una preocupación prioritaria para los EE. UU que veía en la isla un Gobierno socialista, aliado de la URSS y promotor del internacionalismo revolucionario (Pettinà, 2018: 120). En cuanto a la Guerra Fría cultural, Iber la entiende como “simply a matter of literary quarrels. It was the expresión in art and ideas of a war that was not fought with weapons but with social systems” (2015: 5).

<sup>4</sup> Caute comenta que la designación original de “compañeros de viaje” o *paputchiki* se encuentra en la obra *Literatura y revolución* (1923), de Leon Troski, quien apela con ella “a los partidarios del comunismo marxista vacilantes y acosados por las dudas”, los cuales, según se queja, “No son los artistas de la revolución proletaria, sino sus compañeros de viaje artistas... Con los compañeros de viaje siempre surge la pregunta: ¿hasta dónde irán?” (Caute, 1975: 9-10). El término con este significado no sería adoptado en Occidente “[h]asta principios de la década del 30”, cuando “se convirtió en una noción política al uso en Europa y en América, con las traducciones nacionales correspondientes” (Caute, 1975: 11).

políticos escondían una fe fundamental en el valor de la libertad humana, una fidelidad que a menudo le convirtió, en el mejor de los casos, en un incómodo compañero de viaje de los movimientos comunistas institucionalizados” (1996: 27). Cauté confirma el carácter polémico del compromiso sartreano con la izquierda y el marxismo al que, sin resultado, trató de encontrar una solución dentro de su existencialismo:

Jean-Paul Sartre nunca fue comunista, [...] tampoco fue un compañero de viaje común y corriente, aunque durante 1952 hasta 1956 estuvo a punto de serlo. A diferencia de la mayoría de los compañeros de viaje, no sólo se tomó en serio el marxismo, sino que incesantemente se esforzó por integrarlo a parte de su propia creación filosófica (1975: 472).

La visión de Murphy sobre la ideología de Sartre lo sitúa más allá de posiciones comunistas y marxistas para asociarlo esencialmente con el anarquismo (1996: 27). Como explica Dosse, aunque los primeros intelectuales franceses en realizar el viaje a La Habana bajo la protección del Gobierno revolucionario fueron Sartre y Beauvoir, su viaje se integra en el turismo revolucionario de la izquierda a países socialistas ubicados en diferentes lugares del orbe (Dosse, 2023). En su análisis de las visitas de los intelectuales franceses a la URSS, Cuba y China, Hourtmant afirma que la desconfianza generada hacia la Unión Soviética a partir de 1956, como consecuencia del conflicto de Budapest y del conocimiento internacional de la brutalidad del Gobierno de Stalin, hizo que las miradas esperanzadas de la izquierda occidental se volvieran hacia Cuba. En cuanto a Francia, Hourtmant organiza este interés por el proceso cubano en “tres oleadas de entusiasmo [que] desembarcaron en las costas caribeñas de la Isla de los Barbudos” a lo largo de los años sesenta (2023: 39): una primera etapa, marcada por el triunfo revolucionario y la figura magnética del líder de la guerrilla rebelde de Sierra Maestra, Fidel Castro; un segundo momento, en el que la figura de Ernesto Guevara el Che se convierte en el principal punto de atracción, maximizado con su muerte violenta en Bolivia en 1965, en su intento de internacionalizar la revolución; y, finalmente, una tercera ola, marcada por dos eventos culturales desarrollados en La Habana –el Salón de Mayo en julio y agosto de 1967 y el Congreso Cultural en enero de 1968– durante los cuales Cuba disfrutó de una gran difusión internacional (Hourtmant, 2023: 39-40)<sup>5</sup>. Dosse añade dos eventos más que atrajeron a estos turistas ideológicos: la conferencia de Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL) en enero de 1966, donde destaca la participación del editor François Maspero; y la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana para la Solidaridad (OLAS) en el verano de 1967, donde menciona a “Marguerite Duras, Pierre Guyotat, Alain Jouffroy, Michel Schuster, Gérald Gassiot-Talabot y Michel Ragon” (Dosse, 2023: 487-488). Finalmente, Dosse subraya el compromiso de Régis Debrais, quien se unió a Guevara en su incursión en Bolivia, y de Michael Leyris, quien, por medio de Wilfrido Lam, fue invitado durante tres semanas a Cuba junto a otro grupo de intelectuales; Leyris volvió a Francia con la misión de promover la participación de artistas europeos destacados en el Salón de Mayo (Dosse, 2023: 486-488).

Los viajes occidentales a los países revolucionarios de corte socialista han sido relacionados fundamentalmente con la emergencia europea –británica y anglosajona– y norteamericana –estadounidense– de una Nueva Izquierda. Artaraz, desde una perspectiva “amplia e inclusiva del término”, la define como una “nueva intelectualidad disidente y un movimiento activista radicalizado que compartía las características más amplias del anti stalinismo y una antior-todoxia marxista dominante hasta entonces”, que encuentra en el “rechazo a la “vieja” izquierda representada por los partidos comunistas” su principal nexa (2011: 87-88):

Tanto si nos referimos a Sartre, a *Le Nouvel Observateur*, a *New Left Review* o a los activistas de la campaña de solidaridad con Vietnam, la década de 1960 estuvo caracterizada por una profunda crisis de legitimidad política e intelectual de los partidos comunistas y el modelo de sociedad que representaban. “Esto impulsó a la Nueva Izquierda a reconocer la importancia histórica del Tercer Mundo; y Cuba es quizás el caso más representativo de revolución tercermundista de entre todas las que tuvieron lugar en la década del 60” (Artaraz, 2011: 88).

Con respecto a la significación de Cuba dentro de este panorama ideológico, político y cultural, Rojas señala que en los sesenta la isla “ofreció al pensamiento occidental un espectáculo de ideas, sumamente aprovechable desde cualquier latitud, y se convirtió en lugar de peregrinación para múltiples intelectuales de las más variadas corrientes socialistas” (2007: 40). El autor señala como el Gobierno revolucionario, a partir de las leyes promulgadas (reforma agraria, nacionalización de empresas, etc.), se fue desplazando desde una pluralidad ideológica republicana a un socialismo de corte nacionalista que situaba al país en el marco de la Guerra Fría, frente del poderoso vecino estadounidense (Rojas, 2021: 186).

## 2. El informe sartreano como delegado: *Huracán sobre el azúcar y otros textos*

Sartre visita Cuba en tres ocasiones: una en 1949 y dos, en 1960 (treinta días entre febrero y marzo, y 7 días en octubre); en estas dos últimas estancias viaja en compañía de Beauvoir. A lo largo de estos viajes, especialmente los realizados en 1960 y hasta comienzos de los setenta, es reconocible en la pareja de visitantes un itinerario emocional del entu-

<sup>5</sup> Con más detalle, sobre la decepción izquierdista sufrida en el año 1956, Cauté afirma que “[e]l ancho camino de los compañeros de viaje pro soviéticos desembocó finalmente en el polvo del desierto. [...] La revolución húngara y su aplastamiento por los tanques soviéticos inmediatamente después del revelador discurso de Khrushchev ante el XX Congreso del PCUS dio como resultado que no valía la pena proseguir el viaje. No es un juicio moral sino histórico. A partir de ese momento, el idealismo a distancia enfocaría China, Cuba y el Tercer Mundo” (1975: 486). Hollander justifica del mismo modo este cambio geográfico en la distribución de la admiración occidental hacia las utopías socialistas surgidas lejos de sus países por estas dos causas: la revelación “del abandono por parte de la sociedad soviética de sus ideales revolucionarios originales” y “el surgimiento de nuevas sociedades en apariencia más auténticamente revolucionarias, como Cuba, China y Vietnam del Norte, hacia las cuales se desviaron los afectos y simpatías que inicialmente se habían reservado a la Unión Soviética” (1981: 15-16).

siasmo al desengaño que los sitúa entre los polos de la luna de miel de la Revolución y el comienzo del dirigismo dogmático que institucionalizó el Gobierno revolucionario. La impresión de las distintas estadias manifestadas por los dos intelectuales franceses se puede consignar en el desconocimiento y desinterés sentido en 1949 (donde la pregunta fundamental fue sobre la raza), la fascinación por la espontaneidad y juventud de una revolución como democracia directa y un líder fusionado con el pueblo (donde el cuestionamiento básico fue el azúcar), y la percepción del comienzo de la rigidez de la revolución (donde el interés por los avances obtenidos por el pueblo obtiene respuesta oficial), que anticipa el distanciamiento que poco a poco va a ir surgiendo entre Sartre-Beauvoir y la Revolución cubana a finales de la década. En 1968, Sartre no asiste al Congreso Cultural de La Habana en 1968 al que había sido invitado –amparado por una enfermedad y en la carta al directo donde confirma su compromiso con la Revolución, confirmado nuevamente en una entrevista concedida a los pocos meses del evento– (Rowlandson, 2011: [96]). Este mismo año, ante la acción invasora de la Unión Soviética en Praga, las reacciones de Castro y Sartre resultan diametralmente opuestas: el primero la defiende y el segundo la condena. Por último, el caso de los premios de la UNEAC en 1968, cuando se produce una gran polémica entre la institución de escritores y el jurado de los premios de poesía y de teatro, que son concedidos respectivamente a Heberto Padilla por *Fuera del juego* (1968), y a Antón Arrufat por *Los siete contra Tebas* (1968). Este hecho, entendido como la semilla del caso Padilla, eclosionará con la detención, tortura y autocrítica del poeta generando un movimiento intelectual internacional de repudio contra el Gobierno revolucionario. Tanto Sartre como Beauvoir firmaron junto a otros intelectuales la carta dirigida a Fidel Castro en protesta por la represión contra Padilla que se publicó en *Le Monde* el 9 de abril de 1971.

La narración de la visita de Sartre a Cuba entre el 22 de febrero y el 20 de marzo de 1960 se publicó, al poco tiempo del regreso a Francia, en el periódico *France-Soir*, en forma de un reportaje de diez artículos impresos entre el 28 de junio y el 15 de julio de 1960 con el título colectivo de *Ouragan sur le sucre: un grand reportage a Cuba de Jean-Paul Sartre sur Fidel Castro*<sup>6</sup>. Como ha resaltado la crítica, el texto original se tradujo al español y, en breve, fue publicado en forma de libro en Cuba y en otros puntos de Latinoamérica. Algo más tarde, se tradujo a idiomas como el portugués, inglés, alemán, italiano, turco, ruso y polaco (Rowlandson, 2011: [15-16]). A pesar de esta vitalidad inicial de la trayectoria editorial de la obra, ni ha existido una edición francesa de los artículos en forma de libro ni estos fueron reeditados en conjunto en francés hasta que, en 2008, en el número 649 de *Les Temps Modernes*, aparecieron junto a un “Apéndice” titulado “Ouragan sur le sucre II”, que incluyó contenido inédito escrito por Sartre sobre el viaje (Díaz e Iglesias, 2024: 364-365)<sup>7</sup>. La primera edición cubana es publicada por Ediciones R en octubre de 1960 con el título de *Sartre visita a Cuba*<sup>8</sup>. El libro, que integra el contenido como un todo omitiendo la separación por artículos y las fechas correspondientes de cada uno, está conformado por varios apartados: en primer lugar, el ensayo “Ideología y revolución”; en segundo lugar, el reportaje “Huracán sobre el azúcar”; y, finalmente, la “Entrevista con los escritores cubanos”<sup>9</sup>. El volumen se completó con un sustancioso apéndice de fotos que testimonian en imágenes el itinerario de la pareja de intelectuales franceses por la isla, como una suerte de verificación del texto para mostrar los hitos más significativos de la estancia. En estas fotografías se puede ver a Sartre y a Beauvoir en espacios institucionales y populares, de trabajo y de ocio, urbanos y rurales, junto a personajes ilustres y rodeados de sujetos anónimos.

“Huracán sobre la isla” funciona como el preceptivo informe del delegado invitado al país revolucionario con el fin de difundir la verdad de su sociedad ante un público lejano. Este receptor distante se considera desinformado por desconocimiento o por desfiguración de la realidad promovida por intereses opuestos. Según Enzensberger, el tratamiento de la comunicación que las sociedades occidentales realizan de los países socialistas hace que “la ignorancia y la manipulación se conviert[a]n en la norma”. De esta manera, repetidamente, estos países quedan aislados y recurren al “viaje, la visita y el testimonio de testigos oculares” como medio de contrarrestar la carencia informativa internacional sobre su verdad política, económica, social y cultural (Enzensberger, 1975: 102-103). Sobre los rasgos de estos informes, Hollander ha expresado que suponen un reflejo del “extrañamiento y la conformidad”, “la credulidad y la incredulidad”, característicos de los intelectuales occidentales del momento al enfrentar su atracción por los países socialistas, que eran percibidos en gran medida como sociedades utópicas muy diferentes a las propias. De este modo, Hollander sostiene que los informes generados por el turismo revolucionario permiten analizar tanto la “forma de captar la realidad, [el] sentido común y el “instinto” político de los turistas-escritores” como la reflexión sobre “las relaciones entre la alienación y los impulsos utopistas en las sociedades occidentales contemporáneas” (1981: 9).

En “Ouragan sur le sucre II”, Sartre recrea la escena en la que Franqui y otros representantes cubanos acuden a su despacho a extenderle una invitación de *Revolución* para visitar la nueva Cuba y comprobar el alcance estructural de la transformación implantada por el Gobierno rebelde. La desafiante petición (“cortés ultimátum”, 181) de Franqui (“Usted no tiene derecho a ignorar la Revolución Cubana [...] has escrito demasiado sobre las revoluciones de los siglos XIX y XX como para que te demos derecho a descuidar ésta. [...] Has escrito sobre la libertad y la justicia: pues

<sup>6</sup> Rowlandson explica más abundantemente que Sartre, con el fin de llegar a un público más diverso en lo cultural y lo ideológico (“no era el pequeño sector intelectual de izquierdas habitual”) y más amplio en cuanto al número (“un público popular de más de un millón de lectores”), eligió el diario *France-Soir* en lugar de *L'Express*, donde había publicado artículos polémicos con anterioridad, o en *Les Temps Modernes*, revista que había fundado en 1945 junto a Beauvoir y Maurice Merleau-Ponty. Añade Rowlandson que “*France-Soir* declaró con cautela que su posición no era necesariamente la de Sartre” (Rowlandson, 2018: [15]).

<sup>7</sup> Según Rowlandson este “Apéndice” fue encontrado por un grupo de investigadores en el Harry Ransom Humanities Research Center de la Universidad de Texas, en Austin: “un manuscrito sin editar e incompleto de 1100 páginas escrito, en consecuencia, después de los artículos de *France-Soir*”. El manuscrito sería el resultado del libro inacabado que Sartre proyectó sobre Cuba y al que Beauvoir y el propio autor aludieron en ocasiones (2018: [16]).

<sup>8</sup> La segunda edición aparece en abril de 1961. Rowlandson informa que, de modo más fiel a la opción original de *France-Soir*, en otras ediciones latinoamericanas el libro se denominó *Huracán sobre el azúcar*. El título de la traducción inglesa fue *Sartre on Cuba* (1961).

<sup>9</sup> “Ideología y revolución” y “Entrevista con los escritores cubanos” habían sido publicados previamente en el dossier que *Lunes de Revolución* dedica al autor el 21 de marzo de 1960 como despedida.

deja de escribir o ven a buscarlas a Cuba”, 181) y los cuestionamientos de Sartre, producto de un estado confeso de cinismo y apatía sufrido a principios de 1960, permiten intuir el dispositivo de la delegación, puesto que, para conocer la Revolución, “no hay periódicos ni libros; [...] a los cubanos, hay que verlos a todos. Pero están en Cuba. Venga allí: mi periódico le invita. [...] Ven a vivir con nosotros unas semanas: es todo lo que pedimos”: invitación, viaje, estadía guiada, vuelta y testimonio (181). Más adelante, Sartre abunda en el desconocimiento propio y de la sociedad francesa respecto a aspectos definitorios de la situación cubana, que remiten a la justificación del objetivo de (contra)propaganda política del sistema de la delegación:

Yo quería aprender algo: ¿realmente no había nada que leer? Nada: el gobierno revolucionario tenía diez meses. ¿Y antes? “Antes había una dictadura. –Los periódicos de aquí”, continué, “dicen lo peor y lo mejor de su régimen; es confuso”. [...] Los tres hombres me escucharon sin decir una palabra. Habían leído todos los artículos y los culparon de tergiversar la verdad. [...] Uno de ellos refunfuñó: “Es que Francia está informada por las agencias de prensa americanas” (182).

Las dudas de Sartre, no obstante, ponen de manifiesto el propio recelo hacia el turismo ideológico como modo de alcanzar la verdad del país objeto de atención. Su desconfianza conecta con la denuncia crítica manifestada por Enzensberger cuando afirma que la mirada del delegado siempre es extranjera; no obstante, según la argumentación del propio Enzensberger, la conciencia que Sartre demuestra tener al respecto, lo dispone para conocer con mayor profundidad (1975: 99). Constantemente, tanto en los artículos de 1960 como en las notas publicadas en 2008, Sartre reconoce su limitación como observador externo del proceso, sin embargo, al mismo tiempo, a pesar de los obstáculos y errores, pondera el alcance de su comprensión del fenómeno. Sartre tematiza este aspecto y, por ejemplo, en “Huracán sobre el azúcar”, por medio del relato indirecto de una anécdota narrada por un médico cubano; compara la incapacidad de comprensión del visitante con una enfermedad en los ojos, la “retinosis pigmentaria”, que funciona como un velo que impide tomar conciencia inmediata del subdesarrollo real que afecta a la isla, debido a una apariencia de riqueza, la cual, durante los primeros días, le lleva a preguntarse confundido por “¿[d]ónde está la austeridad cubana?”, (Torres-Cuevas, 2005: 44-45). En cuanto a su papel, Sartre siempre se asigna el papel de observador, alejado de todo paternalismo occidental, y sumergido en un proceso de intercambio con los intelectuales, políticos, ciudadanos y campesinos locales. Esta postura puede reconocerse, verbigracia, cuando se autodescribe como un interlocutor foráneo y afectado por cierta ingenuidad: “Mis inocentes conversaciones de turista, a veces, provocaban cierto malestar” (Torres-Cuevas, 2005: 82). Dicha perspectiva muestra su conformidad con las de Franqui y Piñera, quienes precisamente se expresaron en ese sentido al comentar la actitud idónea esperable en el intelectual francés durante la visita. En el apéndice, Sartre se autofigura en el vuelo de ida hacia Cuba leyendo con aprobación el texto del dramaturgo cubano, publicado en *Revolución* el 19 de febrero:

Acepto también una hoja cubana. Es un número de *Revolución*: está fechado; el avión lo llevó de Cuba a Madrid y lo trae de Madrid a Cuba. [...] Está firmado ‘El Escriba’, seudónimo del escritor Piñera, autor de *Electra Garrigo*. El tono es similar al del propio Franqui. “No vayamos a pedir consejo a escritores extranjeros: serían los primeros en sorprenderse. Ya que este escritor nos hace el placer de visitarnos, preguntémosle por sí mismo, por las dificultades que encuentra en su profesión, y hablemos con él de las nuestras. Convenzámonos, que aprenderá de nosotros tanto como nosotros de él aunque sólo sea [...]”. El Escriba es otra cosa. Desconfiado en los bordes pero, al parecer, relajado. No invita a sus colegas a crisparse por vacíos, *timeo danaos y dona ferentes*, les recuerda sus riquezas y les dice que no hay que *recibir* cuando se puede *intercambiar* (2008: 181-182).

En “Huracán sobre el azúcar” y “Ouragan sur le sucre II”, Sartre configura una voz múltiple que se bifurca en una escritura sobre el análisis de los hechos del pasado y en otra centrada en un yo de carácter autorreflexivo. En primer lugar, el discurso centrado en los eventos externos se escinde, a su vez, en dos direcciones: la histórica, orientada hacia el pasado con la intención de justificar el presente de Cuba y de Castro, y la testimonial, empeñada en la descripción analítica de la Revolución cubana. En la primera parte, dedicada al pasado de Cuba, Sartre profundiza en el origen histórico de la situación de subdesarrollo del país marcada por “la ley de hierro” del “ciclo infernal del azúcar”, que impone la idea de que “sin azúcar no hay isla”. El autor argumenta cómo el monocultivo de este producto limita otras industrias en la isla; por ello, diagnostica la “hipertrofia del azúcar” que enferma a una “isla diabética” el azúcar es el máximo valor de Cuba, pero también su máximo límite, puesto que le impide desarrollar su industria y otros cultivos a consecuencia de la relación de dependencia que establece con el mercado imperialista de EE. UU. que la convierte en una nueva colonia a la que abastecer de los productos generados en su país. Sartre expone la degradación inexorable de la isla desde 1900 con la intervención de EE. UU., y la venta de la isla por los políticos y latifundistas al imperialismo, cometiendo el crimen de condenar a la miseria a un pueblo crecido en una tierra de abundancia. En cuanto a la focalización de Castro –más exclusiva y extensa en “Ouragan sur le sucre II” hasta la mitificación por vía del misticismo y la identificación absoluta con el pueblo cubano–, se siguen sus orígenes desde el asalto al cuartel Moncada y la detención, el juicio y el encarcelamiento posteriores, la lucha guerrillera, la tensión entre el Movimiento 26 de Julio y los rebeldes de la sierra. La reflexión sobre la Cuba triunfante y libre del presente se centra en la reforma agraria y, especialmente, en el dibujo de los revolucionarios, conformados por los barbudos rebeldes, “hombres orquesta”, sin formación técnica, pero retratados desde una visión deslumbrada que los provee de una plena vitalidad marcada por la juventud y un ascetismo insomne y frugal, siempre al servicio de la implementación de la Revolución en marcha. En definitiva, en la sucesión de artículos destinados a sus compatriotas y publicados en *France-Soir*, Sartre propone el mito de Fidel en su identificación con el pueblo y la revolución cubana (juventud y energía para la praxis revolucionaria convertida en esperanza de transformación de la sociedad) y la alabanza de la participación directa del pueblo.

En segundo lugar, la voz polifacética del yo discursivo se torna autobiográfica y metanarrativa para tematizar su visita, sus reflexiones, su aprendizaje, su condición de testigo, su escritura, etc. El metadiscursos permite organizar la materia narrativa para anticipar contenidos o dar paso a las voces en estilo directo o indirecto de los cubanos con

los que Sartre conversó durante su estancia y cuyos testimonios son rescatados a modo de retazos dispuestos convenientemente como recurso de veracidad destinado a apuntalar una idea concreta de la nueva Cuba: la Revolución cubana se define como una revolución en acto, cuya teoría se conforma en la praxis. Este dispositivo metanarrativo permite a Sartre dialogar con los lectores ocasionalmente y crear expectativas de futuro sobre la evolución de la Revolución: “No. Los cubanos tienen prisa por poseer cultivos de tomates y plantas siderúrgicas. Mucha menos prisa por darse instituciones. Veremos qué clase de leyes les impone la situación; en todo caso, puedo adelantar, desde ya, que son actos y no palabras” (Torres-Cuevas, 2025: 111). La voz narrativa también interviene sobre el discurso, personalizándose en plural, bajo el apelativo de los franceses, en el seno de comparaciones entre la historia o la actualidad cubana con respecto a la de la nación gala, para dirigirse en suma a los lectores: “Podemos comprenderlos. También a los franceses nos ha ocurrido, en nuestra historia, sentir la boca amarga y hiel en la garganta, cuando pensábamos en las asambleas electas: en 1849, por ejemplo” (*Ibid.*: 112). Las denominaciones de sus interlocutores abarcan tanto la indicación del nombre célebre o significativo (Fidel Castro, Ernesto Guevara, Carlos Franqui), como la anonimidad bajo apelaciones diversas, que remiten a individualidades más o menos notorias o a sujetos representativos de una colectividad, incluso, a veces, el apóstrofe marca la relación ideológica y anímica establecida con el interlocutor: El contexto del que emanan las voces citadas es diverso y se corresponde con conversaciones, diálogos, entrevistas o discursos. Entre todas estas ocasiones en las que el yo discursivo organiza la materia narrativa, justificándola y anunciándola, destaca al final del texto, donde anticipa la publicación de la entrevista que dice haber mantenido con Castro después del discurso del líder a consecuencia del incidente de *La Coubre*; se justifica la omisión de este recurso en *Huracán sobre el azúcar* para dar a conocer su contenido en otro libro con nuevos materiales que, sin embargo, no se llegó a publicar: “Volví a verlo, pero contaré esa entrevista en un libro, en el cual hablaré de otros aspectos del régimen, de otros problemas y otras conquistas. Ahora, resulta preferible poner fin a este relato con el sabotaje de *La Coubre*” (*Ibid.*: 163).

El concepto de *intelectual comprometido* se ha caracterizado por marcar una profesionalización cultural especializada y una voluntad de participación política a nivel global desde una postura que se pretende no dogmática, sino crítica. Gilman, al aludir a Sartre, recuerda que este fue quien originó este horizonte para la participación social del escritor; subraya cómo la impronta del francés “sobre los grupos intelectuales de izquierda latinoamericanos se vio reforzada cuando abrazó, tempranamente, la causa cubana y la difundió por Europa, como antes lo había hecho con los movimientos de liberación de las colonias africanas”; y por último, llama la atención sobre la fórmula de identificación del compromiso intelectual con la causa cubana reconocible en la respuesta sartreana tras el viaje a la isla a los que franceses que le cuestionaban por el modo de comprometerse: “¡Vuélvanse cubanos!” (Gilman, 2003: 72-73). En la parte del texto asociada a las escrituras del yo, Sartre se autofigura como intelectual comprometido con la Revolución cubana en la que reconoce una esperanza puesta en duda tras el desengaño soviético de fines de los años cincuenta. En las páginas últimas de “Huracán sobre la isla”, el yo testimonial se identifica explícitamente con los cubanos en la vigilia constructora y la angustia vigilante que implementan en la salvaguarda de la libertad recién adquirida, a la par que justifica su palabra a partir del conocimiento extraído de la convivencia con ellos. Sartre se autoconstruye continuamente fascinado por la democracia directa que atestigua haber vivido en Cuba; esto es, la interrelación entre Fidel Castro y el pueblo sin intermediaciones, de manera que la masa se convierte en Gobierno y es posible identificar al líder con la isla, fundidos en una misma entidad.

### 3. Sartre en tercera persona: figuración desde Cuba<sup>10</sup>

La presencia de Sartre y Beauvoir en Cuba generó todo un entramado de textos periodísticos –previos, simultáneos y posteriores a las fechas en que se produjo su estadía–, que se vio enriquecido por otras producciones radiales, televisivas y fotográficas que contribuyeron a registrar y difundir la visita<sup>11</sup>. *Revolución* y Carlos Franqui no solo invitaron a Sartre y Beauvoir a recorrer la isla en busca de la verdad del pueblo revolucionario en marcha, sino que se encargaron, desde el comienzo, de que los cubanos supieran de la llegada de ambos a Cuba y de informarles de los distintos eventos protagonizados, especialmente, por Sartre, de quien ofrecieron una figuración positiva como amigo de la Revolución. Aunque *Revolución* fue la principal valedora de la figura de Sartre como intelectual comprometido con la nueva Cuba, otras revistas se ocuparon también del filósofo francés desde perspectivas más matizadas, como el periódico comunista *Hoy*, o directamente, como hizo la publicación tradicional, *Diario de la Marina*, desde el repudio absoluto a su ateísmo e ideología izquierdista. A priori, estas revistas y otras, como *Bohemia* y *Carteles* – en las que también aparecieron artículos sobre el asunto –, contribuyeron a ampliar el espectro de la visión sartreana y a certificar una diversidad de la prensa cubana en los inicios revolucionarios que, no obstante, no duró más allá de este año de 1960.

Ya antes de que *Lunes de Revolución* anunciara la llegada del ilustre visitante con la nota “¡Sartre a la vista!” en el ejemplar publicado el mismo día de su arribo, y *Revolución* celebrase su presencia en el país, con “Saludan a Jean-Paul Sartre”, al día siguiente, el 23 de febrero, el equipo de la publicación, esta vez por medio de la escritura siempre

<sup>10</sup> La recopilación sustanciosa y reveladora de Díaz e Iglesias titulada *Sartre y Beauvoir en Cuba: la luna de miel de la Revolución* (2024) ha sido un instrumento fundamental para el recorrido por este mapa textual. El volumen cuenta con dos secciones principales: en primer lugar, la sección “Archivo” donde, como apartado previo, se incluye un detallado índice de los textos aparecidos en la prensa cubana en torno a la visita de Sartre y Beauvoir, seguido de una recopilación de los considerados más significativos; en segundo lugar, la sección crítica “Apéndice”, donde se enmarcan todas estas publicaciones por medio de una cronología de la década cubana de los sesenta elaborada por Iglesias, seguido de tres artículos escritos por Díaz sobre aspectos esenciales que permiten la interpretación de las relaciones entre Sartre y Cuba. Un adelanto de este volumen se publicó en forma de dossier, titulado “Sartre en Cuba”, en la revista digital *La Habana Elegante*.

<sup>11</sup> Además de los análisis incluidos por Díaz e Iglesias junto a los textos recopilados, otro estudio sobre la producción escrita en torno a este tema es el de Natacha Gómez Velázquez, titulado “La presencia de Sartre en las publicaciones cubanas de la década del 60” (en Torres-Cuevas, 2005: 229-246).

ácida de Virgilio Piñera bajo el seudónimo del Escriba, en “Miscelánea [II]” (aparecido el 19 de febrero), quiso establecer previamente la relación que debía generarse entre el simpatizante francés y los intelectuales cubanos, de modo ideal. Según solicitaba Virgilio Piñera a estos últimos, había que evitar “entontecer a Sartre”, proponiéndole un diálogo entre iguales que supusiera un mutuo aprendizaje (Díaz e Iglesias, 2024: 27). En esta línea, como se ha visto, se expresa repetidamente Sartre en su informe cuando reflexiona, tras la invitación de Franqui, sobre los posibles aspectos que él pudiera ofrecer a aquella nueva revolución de lo que se consideraba parte del Tercer Mundo americano.

Entre los hitos esenciales protagonizados por Sartre, de los que se ocupan los textos periodísticos cubanos del momento, destacan los desplazamientos en coche por la isla acompañando a Fidel Castro hasta su refugio en el pantano de Zapata; aquellos otros que se ocupan de dar cobertura a los eventos públicos de Sartre en conferencias y entrevistas, algunas radiadas y televisadas, focalizan la representación de la obra teatral *La puta respetuosa* como homenaje a su presencia, o los que se ocupan de sintetizar y divulgar los rasgos más característicos de su figura como intelectual comprometido y filósofo existencialista. La crónica de los viajes interiores es abarcada por dos artículos de Lisandro Otero para *Revolución*: “Sartre y Beauvoir por la provincia de Oriente” y “Conversaciones en la Laguna”. Ambos textos constituyen un reportaje sobre los desplazamientos en coche de la pareja invitada en compañía del propio Fidel Castro, a quien asiste Celia Sánchez, y de un séquito puesto a disposición de los intelectuales franceses por el Estado, según el sistema de la delegación, constituido fundamentalmente por el traductor Jaime Sarusky, el periodista Lisandro Otero y el fotógrafo Korda, además del chófer. El recorrido se inicia en La Habana y desde allí se trasladan al Oriente: primero, a Varadero y Holguín, y, después, a la ciénaga de Zapata, desde donde regresan a la capital. En ellos se recogen las preguntas y reflexiones con las que, a lo largo de las diferentes etapas de su recorrido, los dos delegados tratan de medir los alcances de la Revolución, para ello muestran a los fascinados Sartre y Beauvoir cooperativas agrícolas, pueblos en construcción y proyectos turísticos, donde se destaca sobre todo la espontaneidad de una población rural participativa que esgrime sus propuestas ante el líder revolucionario magnetizados por la aureola mítica y popular de este. En el segundo artículo, resalta la convivencia con Fidel Castro y las conversaciones mantenidas con él en torno a la lucha armada, la fase de construcción revolucionaria, el itinerario vital del líder guerrillero de origen y formación burguesa, o la relación entre el intelectual y la revolución. Ambos textos dialogan con el reportaje de “Huracán sobre la isla”, cuya parte final, antes de focalizar el caso del barco La Coubre, detalla minuciosamente las principales situaciones vividas durante este viaje revelador de la conexión entre el pueblo y el líder revolucionario.

La escritura periodística de Otero sirve para subrayar el menor alcance que tuvo la nueva estadía de Sartre en Cuba en octubre del mismo año; el tercer texto de este autor, titulado “Sartre y los caminos de la libertad”, firmado bajo el seudónimo de El Jacobino, es tan solo una breve nota donde pondera que “Sartre vuelve a recorrer los caminos que la Revolución ha ido abriendo hacia el futuro – los caminos de la libertad que ya recorrió en sus obras literarias” (Duanel, 2024: 221). A pesar de la menor repercusión alcanzada por esta segunda visita, entre el 3 de octubre y hasta el 6 de noviembre, tanto la televisión como los periódicos – *Hoy*, *Revolución* y su suplemento, y *Bohemia* – se ocuparon de cubrir la crónica de estos días. Todavía el 25 de diciembre, *Bohemia* publicó un último texto en 1960 cuyo contenido, según se adelanta en el título, es un breve pasaje de *Huracán sobre el azúcar*.

Otro conjunto organizado de textos es el que se dedica a comentar los actos oficiales de Sartre en Cuba: el encuentro con los intelectuales en Miramar el 9 de marzo (Díaz e Iglesias, 2024: 87, 122), la conferencia-entrevista desde el hotel Nacional retransmitida por la TV la noche del 10 de marzo (Díaz e Iglesias, 2024: 93 [transcripción], 112, 122, 141) la participación en la sesión del 10 de marzo del Movimiento Latinoamericano por la Paz (Díaz e Iglesias, 2024: 117, 119) y el encuentro con un representante estudiantil y varios profesores en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana, el 14 de marzo (Díaz e Iglesias, 2024: 125). En este grupo, también puede enmarcarse los textos publicados en torno de la representación teatral de *La puta respetuosa* en el teatro Nacional. Finalmente, otros que se ocupan de un modo más general de la figura de Sartre, su obra y su filosofía, para anticipar la función del intelectual francés en Cuba o para valorarla a posteriori. Un nuevo ramillete de textos publicados después de la visita de Sartre lo constituyen las entrevistas realizadas en otros países donde son interrogados por el desenvolvimiento de su estancia y la evaluación reflexiva de la Revolución cubana. Unos pocos más se ocupan de la segunda visita de la pareja de franceses a Cuba en octubre de 1960.

La escritura del yo cubana ha acrecentado el cuerpo textual que gira en torno a la relación entre Cuba y Sartre, especialmente, en lo que concierne al año de 1960 y su desempeño como delegado. Algunos de los protagonistas involucrados en la llegada y estancia de Sartre en Cuba, durante aquellos días de febrero y marzo, han dejado constancia en sus autorrelatos retrospectivos, publicados entre los años ochenta y noventa, de la experiencia como promotores o miembros de la delegación sartreana: el promotor del viaje, Carlos Franqui en *Historia de familia con Fidel* (1981); el periodista del cortejo, Lisandro Otero, en *Llover sobre mojado* (1999); y, más brevemente, en sendos artículos de signo autobiográfico y memorístico, los dos traductores: Juan Arcocha en “El viaje de Sartre” (1995) y Jaime Sarusky en “Sartre en Cuba” (1997)<sup>12</sup>.

Franqui habla de los comienzos del sesenta como de los mejores de la Revolución. Destaca la presencia de los fascinados Sartre y Beauvoir, conocidísimos y vitoreados por la masa, en todos los ambientes, populares e intelectuales, la ciudad y el campo, la capital y el Oriente. Esta diversidad, según Franqui, les permitió conocer la Cuba real –aunque no la oculta: la futura del desencanto–: “No era el trópico con su aire gauguinesco, con su luz y ritmo y color calientes, que mimetizan a los viajeros y los encantan. Lo visible en Cuba entonces era lo que Sartre veía” (1981: 132). Revela cómo un pacto verbal entre Fidel y Sartre omitió de “Huracán sobre el azúcar” la etiqueta de “socialista” que hubiera usado para describir la Revolución. Con pesadumbre, Franqui ensalza la predisposición de Sartre a colaborar con la cultura cubana potenciando la participación de intelectuales franceses, para añadir con pesadumbre que

<sup>12</sup> Publicado en *Revolución y Cultura*, n.º 5, 1997.

Castro ignoró la oferta y traicionó a la revolución al condenarla a la indigencia cultural (1981: 133). De este modo, la figuración positiva de Sartre es contrapuesta a las maniobras autoritarias y dogmáticas de Castro.

Otero suma a los artículos contruados en la inmediatez de la crónica periodística, un sustancioso y extenso pasaje dedicado al episodio sartreano en su autobiografía *Lover sobre mojado*. El autor resalta su presencia constante como acompañante fijo de la comitiva de la delegación. Esta posición se refuerza mediante el comentario de las fotografías realizadas a la comitiva; en la descripción escueta, el autobiógrafo explicita el reconocimiento de su figura entre algunas de las captadas por la cámara de Korda. Como en los artículos escritos para *Revolución*, Otero se demora en los detalles de la crónica del viaje por Cuba en compañía de Castro verificando de nuevo el relato sartreano con el propio, aunque relativizando el alcance de la comprensión del invitado en cuanto al grado de presión extranjera sobre la isla. En esta ocasión, añade la evocación del encuentro entre Sartre y los intelectuales en la imprenta de *Revolución* en que se trata del compromiso intelectual exigido a los escritores cubanos; aquí la crítica al peso de la influencia sartreana se tiñe de un tono agrio: “Sartre nos dejó enfrentados a nuestro destino ideológico sin ofrecer alternativas” (1999: 87).

Desde una posición más distanciada y con pretensión refutadora, César Leante, en sus memorias tituladas *Revive, historia. Anatomía del castrismo* (1999), al referirse a la falta de elecciones democráticas en los inicios de la Revolución cubana, evoca críticamente las palabras de Sartre en torno a su impresión del proceso como una democracia directa. Leante, que tilda de propagandísticos los artículos publicados en *France-Soir*, se apoya en diferentes autoridades historiográficas (Theodore Draper y Hugh Thomas) y utiliza el relato anecdótico de Sartre sobre la conversación entre Castro y la camarera de un local de Varadero en torno a un frigorífico estropeado y unas bebidas calientes, para manifestar su asombro ante la frivolidad o ingenuidad sartreana; pretende así ridiculizar el empleo de este nimio suceso como argumento para probar la vigencia de esta forma de gobierno del pueblo (Leante, 1999, 89-92).

Arcocha construye su memoria de los hechos guiando al lector desde un sentimiento de admiración hacia los visitantes hasta una conciencia desmitificadora, que el autor alcanza ya en 1965. En este año, según relata, la propuesta “ingenua” de Arcocha a Sartre y Beauvoir para que volvieran a la isla a apoyar a los escritores cubanos frente a la tensión gubernamental creciente en torno a ellos, es desoída por los franceses, que declaran su desánimo frente a un posible retorno a Cuba que pudiera empañar más el recuerdo de la luna de miel de la Revolución:

La reflexión de Simone de Beauvoir me pareció horriblemente «turística»: lo que yo les había propuesto no era un viaje de placer. Fue una de las grandes decepciones que he sufrido en mi vida. Llegué a la conclusión de que aquellos monumentos intelectuales que yo había colocado en sendos altares no eran más que turistas ilustrados (Arcocha, 1995: 239).

Sarusky, desde una perspectiva de admiración tras presentarse como testigo privilegiado de las dos visitas, febrero-marzo y octubre, en que los acompañó como intérprete, destaca el contexto de exaltación que pudieron presenciar Sartre y Beauvoir y la visión sartreana del proceso cubano como “una revolución sin ideología”; pondera también la actitud del huésped político al afirmar que “[b]astaría detenerse en el recorrido que hicieron Sartre y la Beauvoir por casi toda la Isla para darse cuenta de que su interés fundamental era verse atrapados y atrapar ellos también el significado de la tromba revolucionaria” (Torres-Cuevas, 2005: 222-223)<sup>13</sup>.

Como ha señalado la crítica, la narración ensayística y ficcional es una parte más de la red textual cubana sobre Sartre (Rowlandson, 2000; Buckwalter-Arias, 2020; Díaz e Iglesias, 2024). Tras la entrevista inventada de Virgilio Piñera en “Diálogo imaginario”, aparecida en *Lunes de Revolución* en 1960, otros autores han escrito creativamente en torno al asunto sartreano-cubano. Tanto Iván de la Nuez –en *Fantasia Roja. Los intelectuales de izquierda y la revolución cubana* (2006)– como José Antonio Ponte –en *La fiesta vigilada* (2007)– le dedican un breve capítulo a recrear y comentar este episodio. Por su parte, Rolando Sánchez Mejías, en “Umbral”, parece seguir la estela de Piñera, al fabular un relato autoficticio donde el yo, desde la triple identificación entre autor, narrador y protagonista exigida por esta modalidad escritural, sostiene una conversación con Sartre en un tono y una atmósfera negativos, que ahonda en un sentimiento de desencanto que envuelve a ambos interlocutores<sup>14</sup>.

De la Nuez titula “Sartre roba el fuego” el capítulo dedicado a este en su obra ensayística. El carácter prometeico de la denominación focaliza la visita para situar al francés en la posición de intelectual comprometido primermundista, solidario con el surgimiento de una revolución tercermundista; al mismo tiempo anticipa la visión de Sartre al visitar Cuba como un legado de fuerte impronta en interpretaciones posteriores de la isla. De la Nuez dedica su texto al análisis de los principales puntos de cada una de las tres partes en que se divide el texto y que le permiten presentar a un Sartre multifuncional: el periodista-cronista responsable del informe “Huracán sobre la isla”, el ensayista artífice del texto “Ideología y revolución”, y el intelectual comprometido que se entrevista con sus homólogos cubanos en “Una entrevista con los escritores cubanos”. El autor de *Fantasia roja* valora los aspectos positivos –su énfasis en hacer del pueblo cubano el sujeto, no el objeto, de su escritura a partir de la observación profunda y el diálogo directo con él– y negativos – la exigencia desmedida lanzada sobre el pueblo cubano, responsable de la esperanza del mundo, según la idea con que Sartre concluye su informe–, del análisis de la revolución en la escritura sartreana ofreciendo un resultado ambivalente sobre el trabajo del intelectual francés:

El libro de Sartre inaugura una visión dominante de la izquierda. Su capacidad de abarcar los temas más importantes de la Revolución, su entusiasmo mezclado con el temor a la derrota, su mirada sobre la necesidad

<sup>13</sup> Otras autobiografías como las de Heberto Padilla (*La mala memoria*, 1989) o Manuel Díaz Martínez (*Solo un rasguño en la solapa*, 2002) aluden a Sartre de forma menos significativa y sin una focalización concreta de la visita.

<sup>14</sup> Otra ficción cubana en la que aparece Sartre como personaje secundario es *Máscaras* (1997), volumen tercero de la serie policial sobre Mario Conde creada por Leonardo Padura. En esta novela, Alberto Marqués es un dramaturgo homosexual parametrado y marginado por la política cultural gris del Gobierno cubano que entabla una relación con el oficial de policía, Mario Conde. En sus conversaciones, Marqués evoca su etapa parisina donde se relacionó con Sartre y a quien planeó invitar a Cuba para el estreno de su adaptación de *Electra Garrigó*, drama de Virgilio Piñera.

de abandonar el monocultivo, su preocupación por la relación con Estados Unidos, su amplio registro –el libro es al mismo tiempo una hipótesis sobre la Revolución, una elucidación acerca del lugar del intelectual en los procesos revolucionarios y un reportaje sobre los protagonistas de esa Revolución– lo convierten no sólo en el paradigma, sino posiblemente en el mayor compendio de virtudes y desastres con respecto a Cuba de la izquierda del primer mundo (Nuez, 2006: 53).

Las páginas de *La fiesta vigilada* en las que Ponte dirige su sarcasmo crítico a dialogar intertextualmente con las páginas de *Sartre visita Cuba* ofrecen una visión negativa del invitado de la Revolución y aunque subraya la disposición de Sartre “a no perder nada de vista”, esta voluntad queda en entredicho a partir del juego con los problemas de estrabismo de Sartre y el recurso retórico de la “retinosis pigmentaria”, utilizado por este a la hora de determinar las dificultades de los turistas y los propios en su viaje de 1949, para acceder a una imagen nítida de la Cuba anterior a la Revolución. Se detiene en las fotografías del anexo del volumen publicado por Ediciones R y llega a tildar de fotomontaje a la que muestra a Sartre y Beauvoir en la oficina de Ernesto Guevara. Ponte explicita la condición de delegado de Sartre y de cronista para *L'Express*, aunque finalmente, los artículos aparecieron en *France-Noir*; algunos pasajes del informe son valorados negativamente y con contundencia: “Escribe *Huracán sobre el azúcar* para un público de millones, pero ni así alcanzaría a explicarse la estupidez de algunos fragmentos suyos” (2006: [72]). También se detiene Ponte en el tercer viaje de Sartre a Cuba para señalar como Sartre y Beauvoir adquieren constancia de la reducción de la espontaneidad y el dogmatismo incipiente del pueblo y del Gobierno, y de las dudas de los escritores cubanos indecisos entre su compromiso intelectual y la autocensura. Junto a la visión disminuida sobre el alcance del texto sartreano, Ponte ofrece una mirada reprobadora sobre el proceso revolucionario y sus logros en la formación de un hombre o una mujer nuevos.

Los viajes políticos de representantes de la Nueva Izquierda occidental a los países revolucionarios durante una gran parte del siglo XX, organizados bajo el sistema de la delegación, se integran en los medios de propaganda y legitimación de sus Gobiernos frente a intereses geopolíticos opuestos en el marco de la Guerra Fría. El viaje de Sartre a Cuba en los años sesenta, en consonancia con su compromiso intelectual, formó parte de su esperanzada búsqueda de la utopía en los países del Tercer Mundo después del alejamiento del Partido Comunista, la decepción respecto al régimen soviético y el malestar que le producía el conflicto francés en relación con el proceso de liberación nacional argelino. De las tres estancias realizadas por Sartre en Cuba, la transcurrida entre febrero y marzo de 1960 fue la que dejó una mayor huella textual, tanto a partir de la escritura del intelectual francés como de la correspondiente a los intelectuales cubanos. El análisis contrastado de estos artículos y reportajes periodísticos, pasajes de obras pertenecientes a las narrativas del yo o a creaciones de carácter ensayístico y ficcional, permite reconocer un entramado textual que polemiza matizándolas las distintas versiones sobre la experiencia sartreana en la isla y su concepto de la Revolución.

## Referencias bibliográficas

- Arcocha, Juan (1995). “El viaje de Sartre”, en Jacobo Machover (ed.) *La Habana.1952.1961. El final de un mundo, el principio de una ilusión*. Madrid: Alianza, págs. 231-239.
- Artaraz, Kepa (2011). *Cuba y la nueva izquierda: una relación que marcó los años 60*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Buckwalter-Arias, James (2020). “Un Sartre cubano en el nuevo milenio”, *Temas*, n.º 102-103, abril-septiembre, págs. 163-168.
- Caute, David (1975). *Compañeros de viaje. Una posdata a la Ilustración*, trad. de Teresa Pamies. México: Grijalbo.
- De Beauvoir, Simone (1987). *La fuerza de las cosas*. Barcelona: Edhasa.
- , ----- (2020). *La ceremonia del adiós*. Barcelona: Edhasa.
- Díaz Infante, Duanel y Iglesias Utset, Marial (Comps.) (2024). *Sartre y Beauvoir en Cuba La luna de miel de la Revolución*, ed. de Javier L. Mora. Richmond: Casa Vacía.
- Díaz Martínez, Manuel (2002). *Solo un rasguño en la solapa*. Logroño: AMG Editor. Dosse, François (2023). *La saga de los intelectuales franceses 1. El desafío de la historia (1944-1968)*. [Trad. Juanmari Madariaga y Francisco López]. Madrid: Ediciones Akal. Recuperado de <https://elibro.net/es/ereader/bibliotecaus/249745?page=2>.
- Enzensberger, Hans Magnus (1973). “Turistas de la Revolución”, en *El interrogatorio de La Habana. Autorretrato de la contrarrevolución y otros ensayos políticos* [trad. Michael Faber-Kaiser]. Barcelona: Anagrama, págs. 97-139.
- Franqui, Carlos (1981). *Retrato de familia con Fidel*. Sant Jordi Despí: Seix Barral.
- Gilman, Claudia (2008). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Hollander, Paul (1987). *Los peregrinos de La Habana*. Madrid: Playor.
- Hourtman, François (2000). *Au pays de l'avenir radieux: voyages des intellectuels français en URSS, à Cuba*. París: Aubier.
- Iber, Patrick (2015). *Neither Peace nor Freedom: the Cultural Cold War in Latin America*. Cambridge / Londres: Harvard University Press..
- Leante, César (1999). *Revive, historia. Anatomía del castrismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Moraes Medina, Mariana (2020). *Turistas intelectuales: Viaje, política y utopía en María Rosa Oliver y Ezequiel Martínez Estrada*. Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Murphy, Jay (1996). “Sartre on Cuba Revisited: The «Unhappy Consciousness» of the Marxist Sartre”, *Sartre Studies International*, vol. 2, n.º 2, págs. 27-48. <http://www.jstor.org/stable/23512665>
- Nuez, Iván de la (2006). *Fantasia roja*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Otero, Lisandro (1999). *Llover sobre mojado. Memorias de un intelectual cubano (1957-1997)*. México: Planeta Mexicana, págs. 68-76.
- Padilla, Heberto (2008). *La mala memoria*. Madrid: Pliegos.

- Pettinà, Vanni (2018). *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. México: El Colegio de México.
- Ponte, José Antonio (2007). *La fiesta vigilada*. Barcelona: Anagrama.
- Rojas, Rafael (2021). *El árbol de las revoluciones. El poder y las ideas en América Latina*. Madrid: Turner.
- , ----- (2007). "Anatomía del entusiasmo: la revolución como espectáculo de ideas". *América Latina Hoy*, vol. 47, págs. 39-53. <https://doi.org/10.14201/alh.2048>
- Rowlandson, William (2018). *Sartre in Cuba-Cuba in Sartre*. Cham: Palgrave Macmillan.
- Sartre, Jean-Paul (2008). "Ouragan sur le sucre II (appendice)", *Temps Modernes*, n.º 649, págs. 156-223.
- Torres-Cuevas, Eduardo (coord.) (2005): *Sartre-Cuba-Sartre: huracán, surco, semillas*. La Habana: Imagen contemporánea.